

EN BUSCA DEL DON CELESTIAL

Joseph Fielding McConkie



Traducido al Español por el
Dr. Arturo De Hoyos
Editorial Zarahemla S.A.
México, D.F, 1988

EN BUSCA DEL DON CELESTIAL

por Joseph Fielding McConkie

Traducido al Español por el Dr. Arturo De Hoyos.

LO QUE CUESTA BARATO
SE APRECIA POCO. LO DE VALOR
SIEMPRE TIENE UN PRECIO JUSTO.
EL CIELO SABE MUY BIEN QUE PRECIO
PONER A SUS BENDICIONES

Thomas Paine

Creditos

El autor queda agradecido a James A Moss, Su colega en la universidad de Brigham Young, y a Su hermano Mark McConkie, por importantes sugerencias en la preparación de esta obra.
A mi padre, Elder Bruce R. McConkie
Agradezco Su genial consejo y Su constante ánimo.

PROLOGO

Lo que cuesta barato
se aprecia poco. Lo de valor
siempre tiene un precio justo.
El cielo sabe muy bien que precio
poner a sus bendiciones

En una conversación con Brigham Young, un hombre de ciencia, deseoso de mostrar la ignorancia del profeta, le preguntó que cuántos elementos básicos había. Brigham Young contestó que ni él ni el científico sabían por seguro, pero que la diferencia entre ellos dos era que el científico suponía que sabía. En igual manera, aquí, al principio de este libro, deberíamos decir, que nuestro conocimiento, sobre las muchas y variadas operaciones del Espíritu, por más que sepamos, es muy limitado. Ilustrando ese punto, José Smith dijo:

“Creemos que Dios ha creado al hombre con una mente que puede aprender, y con facultades que pueden crecer según el hombre ponga atención y acepte la luz que el cielo comunica al intelecto: y que mientras más se acerca el hombre a la perfección, más claro es su entendimiento, y más grande su gozo, avanzando así hasta vencer todo mal en su vida y hasta perder todo deseo de pecar; y como lo hicieron algunos de los antiguos, lograr ese grado de fe que lo puede envolver en el poder y la gloria de su Creador, y arrebatarlo para vivir con El. Pero sabemos que eso no se logra de un día para otro: el hombre tiene que ser instruido en el gobierno y las leyes de ese reino, grado por grado, hasta que su mente pueda comprender la justicia, la igualdad, la relevancia y la naturaleza de tan exaltada condición”(History of The Church 2: 8)

Ni el Salvador mismo trató de definir el proceso del crecimiento espiritual. Pero sí dijo: *“El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del espíritu”*. (Juan 3: 8) Aunque no podemos ver el viento, podemos escuchar su sonido, y podemos sentir cuando nos empuja o nos golpea la cara: aún así, no sabemos *“de dónde viene, ni adónde va.”* Esa fue la descripción de Cristo del origen del despertamiento espiritual. Lo sentimos cuando nos da ánimo, y cuando erramos, lo sentimos que nos hiere la conciencia, sin embargo, no entendemos completamente de dónde viene o a dónde nos lleva. *“Como tú no sabes cuál es el camino del viento, o cómo crecen los huesos en el vientre de la mujer encinta, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas.”*(Eclesiastés 11: 5) Como se ha dicho en verdad, la habilidad para definir y explicar no es necesaria porra sentir o saber.

Así es que cuando subimos la montaña de la fe y contemplamos el mundo desde ese punto de vista, nos embarga el panorama y nos sentimos humildes al percibir el desafío de cimas todavía futuras.

Esperamos que esta pequeña obra sea de ayuda a los que quieran tomar ese camino.

¿PUEDO SABER CON CERTEZA?

Y ocurrió que cuando oyeron esta voz,
y percibieron que no era una voz de trueno,
ni una voz de un gran ruido tumultuoso,
mas he aquí, era una voz apacible
de perfecta suavidad,
cual si hubiese sido un susurro,
y penetraba hasta el alma misma...
(Helamán 5:30.)

Hay dos principios en los que se fundamenta el contenido de este libro: primero, que podemos conocer la realidad de Dios; y segundo, que hasta cierto grado ya conocemos esa realidad, aunque estemos solo vagamente conscientes de ello. Puede que esto suene raro, pero sabemos más de lo que sabemos que sabemos. Tal como lo testificó Amulek: *”...sabía concerniente a estas cosas, sin embargo, no quería reconocerlas...”* (Alma 10:6.) Fue Brigham Young quien dijo que la verdad de cada revelación existe independientemente dentro de la misma revelación. (J D¹ 9:149) El Presidente Marion G. Romney explicó que nadie queda justificado al rechazar las enseñanzas del evangelio de Jesucristo *“por el supuesto motivo de que no sabe que son verdaderas, pues todo cuanto el Señor hace o dice, lleva dentro de sí la evidencia de su veracidad; y toda persona está divinamente capacitada para hallar esa evidencia y saber por sí misma que es verdadera.”* (C R, abril de 1976, pp. 120, 121.) Cristo mismo lo testificó:

“Decía también a la multitud: Cuando veis la nube que sale del poniente, luego decís: Agua viene; y así sucede.
Y cuando sopla el viento del sur, decís: Hará calor; y lo hace.
¡Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra; ¿y cómo no distinguís este tiempo?
¿Y por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?” (Lucas 12:54-57.)

Al recordarles a sus oyentes que poniendo atención a las señales podían predecir el tiempo, Jesús les preguntó por qué se negaban a discernir igualmente las señales de los tiempos. Les enseñó que aun si no podían ver las señales de los tiempos, si tan sólo prestaban atención a la luz que llevaban dentro, sabrían que El era el Mesías prometido.

En este mundo todos nacemos con la luz de Cristo. (D. y C. 84:46.) Esta luz es como una brújula personal para que podamos saber, como dijo Moroni, *“con perfecto conocimiento”*, el curso que debemos tomar. (Moroni 7:15, 16.) Si no fuera por esa luz que se da a todos los hombres, un Dios justo no podría responsabilizarlos de sus acciones, porque el conocimiento debe preceder la responsabilidad. El hecho mismo de que Dios tiene a los hombres por responsables de sus acciones es para nosotros una evidencia de que los hombres tienen la capacidad innata de dis-

¹ JD: Journal of Discourses. Una especie de registro de las conferencias generales del siglo XIX

tinguir entre el bien y el mal, entre la verdad y el error. Por ejemplo, Pablo dijo que: “...*los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley...mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones...*”; de modo que “*su conciencia*” rige su conducta. (Romanos 2:14, 15.)

Todos los hombres tienen la propensión innata de adorar a Dios, aceptar la verdad y vivir rectamente; a este deseo innato se le ha llamado el Espíritu de verdad, la luz de Cristo, nuestra conciencia, o como lo llamó el Presidente Kimball, “*una Liabona personal*”. (CR² octubre de 1976, pp. 116, 117.) El propósito de ese deseo innato es acercar a los hombres cada vez más a la fuente de la luz. Si lo hacen, son guiados al mensaje del evangelio, y a la aceptación del nuevo y sempiterno convenio. (D. C. 84:4648.)

Ampliando este principio, Brigham Young dijo:

“Ni por un momento creo que ha habido un hombre o mujer sobre la faz de la Tierra, desde los días de Adán hasta hoy, que no haya sido iluminado, instruido y enseñado por las revelaciones de Jesucristo. ¿Aun el pagano ignorante? Sí, todo ser humano de mente sana. Estoy lejos de creer que a los hijos de los hombres se les ha rehusado el privilegio de recibir el Espíritu del Señor para distinguir la verdad del error. Sin importar cuales fueron las tradiciones de sus padres, aquellos que fueron honrados ante el Señor, y vivieron rectamente, según el mejor conocimiento que tuvieron, podrán entrar al reino de Dios. Creo que los hijos e hijas de Adán tuvieron ese privilegio, y de ellos descendió, hasta todas las generaciones.” (J D 2:139.)

Si por conversión entendemos el adoptar o aceptar nuevas ideas o creencias, hay relativamente pocos conversos dentro de la Iglesia. Muchos se han convertido en el sentido de volverse a la rectitud y la fe, pero comparativamente pocos afirman haber cambiado en sus puntos de vista personales o ideologías. Su experiencia se describe mejor como un despertar de los recuerdos del espíritu. Su así llamada conversión no consiste tanto en cambiar, sino en reconocer o clarificar los sentimientos que siempre tuvieron.

Pocas personas, por ejemplo, ven a Dios como una esencia gaseosa que llena la inmensidad del espacio, aunque así lo han definido los credos religiosos. Cuando los misioneros predicaban a un Dios que es un Ser personal, que tiene un cuerpo, partes y pasiones; que es un Padre amoroso a cuya imagen fuimos creados literalmente, quienes los escuchaban respondían invariablemente: “*Siempre he creído eso.*” Y efectivamente lo han creído, aunque difiera radicalmente del dogma de sus iglesias.

Es significativo que en nuestras lecciones misionales damos por hecho la existencia de Dios. Y podríamos preguntarnos, ¿qué justificación existe para que hagamos eso, cuando esa creencia es el fundamento de todo lo que enseñamos. La respuesta es sencilla: dentro de toda alma está el conocimiento innato de que Dios vive. Todos tuvimos ese conocimiento antes de esta vida, y

² CR: Conference Report. Reporte de las conferencias generales segunda mitad del siglo XX

aunque nuestros recuerdos se han oscurecido al nacer, ese conocimiento y esos sentimientos son herencia natural de toda alma que viene a este mundo.

Algunos de los primeros miembros de la Iglesia notaban enseguida las imperfecciones de José Smith, y por ello dudaban de su llamamiento profético. El Profeta habla tenido una educación formal muy limitada, y varios de sus seguidores mejor educados se creían mejor calificados que él para expresar en forma escrita las revelaciones. El Señor, que conoce el corazón y la mente de los hombres, habló a los que se pensaban sabios, y les dijo: *“Vuestros ojos han estado sobre mi siervo José Smith, hijo; y su lenguaje y sus imperfecciones habéis conocido, y en vuestro corazón habéis procurado conocimiento para poder expresar en lenguaje superior al suyo. Esto también lo sabéis.”* El Señor los desafió entonces a buscar la menor de las revelaciones dadas a José Smith, y nombrar al más sabio de entre ellos para que escribiera una igual. Y haciendo más extenso el desafío, el Señor invitó a que cualquiera de ellos que pensara que podía *“hacer una semejante”*, lo hiciera. Si podían hacerlo, el Señor dijo que entonces quedarían justificados al decir que no sabían que las revelaciones eran verdaderas. Pero si no podían, estaban bajo condenación si no testificaban de la veracidad de las revelaciones recibidas por medio de José Smith. (D. C. 67:68.)

El Señor no ha revocado el desafío. Hay día, cualquier persona que dude del llamamiento profético de José Smith, el Profeta, (o ponga en tela de juicio su propio testimonio de José Smith) está invitado a igualar sus obras, con la promesa del Señor de que si puede hacerlo, queda justificado en retener sus dudas. Mas si no puede igualar las obras del profeta escritor más prolífico del mundo, entonces está bajo condenación si no testifica de la veracidad de estas cosas.

No es casualidad que al dar testimonio, casi siempre el Espíritu del Señor desciende sobre la persona, confirmandole que sus palabras son verdaderas. Así como la flor nace de la semilla, del testificar emana un testimonio. Brigham Young ilustró ese principio con el siguiente relato:

“Una vez un hermano, recientemente bautizado, se encontraba de paso en una ciudad. Cuando se dieron cuenta que era mormón le pidieron que predicara y que les contara del profeta. Este hermano, aunque conocía personalmente a José Smith, no tenía todavía la convicción de que era un profeta. En esa reunión, que estaba llena de gente ansiosa de oír al mormón, este hermano se sintió acorralado. ¿qué iba a decir de José Smith? Pensó en solo decir una oración y sentarse, porque no estaba seguro que podía decir que José Smith era un profeta. La situación era para él como estar frente a un león a quien ni podía rodear ni brincar y lo único era hacerle frente. No podía mencionar a José Smith sin decir si era o no era un profeta. Tan pronto como logró decir “José”, lo que le siguió fue: “es un profeta”; y a partir de ese momento se desató su lengua, y siguió habiendo casi hasta el anochecer. El Señor derrama su Espíritu sobre el hombre que testifica lo que el Señor le da que testifique. Desde ese día, ese hermano jamás tuvo dificultad en decir que José era un profeta.” (J D 6:280.)

El Señor les ha hablado a muchos que no han oído. La historia de la conversión de Oliverio Cowdery es una ilustración interesante de este principio. Mientras era maestro en la escuela de Palmyra, se enteró de la obra de traducción en la que José estaba ocupado en ese tiempo. Para

entonces, José y su esposa Emma se habían visto forzados a huir a Harmony, Pensilvania, para poder escapar de los intentos frecuentes de interrumpir la obra y robarle las planchas.

Al enterarse del asunto, Oliverio empezó a reflexionar en él. Sintió la impresión de que tendría el privilegio de escribir para José, y finalmente se decidió a ir a Harmony y ofrecerle sus servicios. (*History of Joseph Smith, by His Mother*, p. 139.) El ofrecimiento de ayuda fue aceptado con gratitud de parte de José Smith, y unos días después de su llegada, Oliverio ya estaba escribiendo las palabras del Profeta. A petición de Oliverio, José le preguntó al Señor sobre él. En respuesta, el Señor dijo: “...*bendito eres por lo que has hecho; porque me has consultado, y he aquí, cuantas veces lo has hecho, has recibido instrucción de mi Espíritu*”(D y C. 6:14)

Así fue que Oliverio recibió una revelación, cuyo propósito principal era asegurarle que ya había estado recibiendo revelación) Como evidencia de que él había seguido las indicaciones del Espíritu, la revelación dice: “*De lo contrario, no habrías llegado al lugar donde ahora estás.*”

Oliverio habla obedecido los susurros del Espíritu, sin darse cuenta. A manera de explicación adicional, el Señor dijo: “...*tú sabes que me has preguntado, y yo te iluminé la mente; y ahora te digo estas cosas para que sepas que te ha iluminado el Espíritu de verdad.*” (D. y C. 6: 15.) Y para que Oliverio quedara sin motivos para dudar de esta revelación, el Señor continuó: “*De cierto, de cierto te digo: Si deseas más testimonio, piensa en la noche que me imploraste en tu corazón, a fin de poder saber tocante a la verdad de estas cosas. ¿No hablé paz a tu mente en cuanto al asunto?*” Y para mayor claridad, el Señor le preguntó: “*¿qué mayor testimonio puedes tener que es de Dios?*” Al hacer referencia a esa ocasión que sólo Oliverio conocía, en que fervientemente buscó al Señor en oración secreta, y fue envuelto en un espíritu de paz, el Señor se estaba afirmando a Oliverio que José Smith realmente era su portavoz, pues José no pudo haber sabido de esas cosas, excepto por revelación. De ese modo Oliverio obtuvo la seguridad de que sus oraciones habían sido contestadas.

Al igual que Oliverio Cowdery, muchos de nosotros deseamos alguna especie de manifestación celestial que nos confirme que el camino que hemos tomado es aprobado por el Señor. Como en el caso de Oliverio, el Señor ya ha hablado paz a nuestras mentes, ha iluminado nuestras almas, y nos ha guiado al lugar en que ahora estamos, sin que estemos plenamente conscientes de ello.

Aun cuando el evangelio es enseñado por un buen maestro, muchos rehusan reconocer los susurros del Espíritu. Un ejemplo excelente de eso se da en el relato de Lucas sobre los dos hombres que iban de Jerusalén a Emaús. Mientras viajaban una distancia de unos doce o trece kilómetros, los dos discípulos iban conversando sobre el ministerio de Cristo, su crucifixión y los informes de su resurrección. Mientras hablaban, “Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos.” Reteniendo su gloria dentro de sí, para que no lo reconociesen mientras iba con ellos, “comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de El decían.” (Lucas 24:13-27.)

Imaginemos qué experiencia tan extraordinaria debe haber sido: tener a Dios mismo, el autor de las Escrituras, como maestro personal. Ningún par de hombres ha tenido jamás un maestro más capacitado o competente. Aun así, mientras El les enseñaba, ellos no le daban cuenta de la magnitud de su experiencia. Fue hasta el final de la jornada, cuando se sentaron a comer y Cristo partió el pan y lo bendijo, que “les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron”. Hasta entonces voltearon a verse el uno al otro, diciendo: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (Lucas 24:31, 32.)

Como sucede a menudo, para esos discípulos el recapacitar el pasado era considerablemente más fácil que entender el presente. Su experiencia en el camino a Emaús fue tan natural que no percibieron las calladas y discretas operaciones del Espíritu. Podría decirse de ellos lo que Cristo dijo de los Lamanitas convertidos por Ammón y sus hermanos: fueron “bautizados con fuego y con el Espíritu Santo ...y no lo supieron. o (3 Nefi 9:20.)

Las Escrituras se refieren al conocimiento de las cosas de Dios como “tesoros escondidos”. (D. y C. 89:19.) Implícitos en esta frase hay dos conceptos: primero, las cosas del Espíritu no son aparentes a simple vista, sino que están escondidas para los que no desean buscarlas; y segundo, una vez que se encuentran, son de gran valor.

Pablo usó la expresión “sabiduría oculta” para describir el evangelio de Jesucristo. (1 Corintios 2:7.) Los principios del evangelio, explicó, no pueden conocerse y comprenderse en la misma manera que obtenemos el conocimiento de las cosas terrenales o mundanas. El conocimiento de las cosas espirituales sólo puede enseñarse y aprenderse por medio del Espíritu. “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios”, dijo Pablo, “porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.” (1 Corintios 2:14.)

Se necesita un gran esfuerzo para lograr fluidez en el lenguaje del Espíritu. Algunos que no están dispuestos a hacer el esfuerzo para aprender el lenguaje, justifican su pereza espiritual negando la realidad de tales cosas. Para ellos los tesoros o sabiduría del evangelio siguen escondidos. Su ignorancia de esas verdades no afecta la realidad de las mismas, del mismo modo que el ciego que niega la existencia de la luz no amenaza la realidad de la luz, o el sordo que niega la existencia del sonido no amenaza la realidad del sonido.

Pablo declaró:

“Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman.

Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.

Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.

Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humano, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual.” (1 Corintios 2:9-13.)

Si deseamos encontrar las cosas del Espíritu, debemos buscar en el ámbito espiritual. La verdadera religión no puede emanar de ninguna otra fuente. La verdadera religión se centra en el sentimiento, y ya que los sentimientos no pueden sujetarse a un sistema de medidas concretas, es difícil describírselos a quien no es espiritual. Y, una vez más, nuestra incapacidad para describir esos sentimientos no niega su realidad. La capacidad de un bebé para sentir la realidad del amor de sus padres, no depende de su capacidad para explicar esos sentimientos. El conocer la verdad por medio del sentimiento, aunque no pueda explicarse o defenderse con argumentos racionales, es una experiencia común a todo el género humano.

La esencia de nuestro testimonio, que se basa en la revelación personal, abarca la realidad de la existencia de Dios, la veracidad de la Iglesia, y de los profetas vivientes. Al testificar no nos sentimos obligados a probar nada a nadie. Al pagar mis deudas no me siento obligado a probar que mi dinero “es genuino; usted puede creer que es falso y negarse a aceptarlo, mas si lo hace, es suya la responsabilidad de probarlo, o tal vez arriesgar una demanda por difamación.” (Hugh Nibley, *An Approach to the Book of Mormon*, p.11.)

El intentar probar la realidad de cualquier verdad a alguien que no quiere aceptarla es un esfuerzo estéril. Los escribas, fariseos y saduceos de la antigüedad constantemente exigían que Jesús les diera una prueba, y cuando la tuvieron ante ellos con abundancia abrumadora, siguieron sin creer. Al ser desafiado a mostrar una señal, Cristo respondió a sus enemigos: “Cuando anochece, decís: Buen tiempo; porque el cielo tiene arboles. Y por la mañana: Hoy habrá tempestad; porque tiene arboles el cielo nublado. ¡Hipócritas que sabéis distinguir el aspecto del cielo! mas las señales de los tiempos no podéis” (Mateo 16:2, 3.) “Cuando un hombre pide una prueba, podemos estar bien seguros que esa prueba es lo último que quiere.” (Nibley, *op cit.*, p.2.)

Nuestra primera responsabilidad es sobre nosotros mismos. Nosotros mismos debemos aprender el evangelio y obedecerlo. Ni siquiera de misioneros estamos obligados a contestar a toda pregunta u objeción que otros puedan tener. Tarde o temprano, el hombre tiene que entender que la fe es su última trinchera. (Ezra Taft Benson, *C R*, abril de 1975, p. 95.) Dios jamás se ha sentido obligado a contestar todas nuestras preguntas o decirnos todo lo que sabe. Ciertamente no necesitamos tomar esa responsabilidad al actuar como sus agentes.

No es raro que alguien afirme que en el proceso de investigar el evangelio, él mismo se ha convencido de que es verdadero, en lugar de recibir un testimonio independiente de su validez por medio del Espíritu. Tal afirmación se basa en la correcta idea de que la conversión es únicamente el resultado de la necesidad de creer.

Con relación a esto, debe observarse que los elementos básicos de la necesidad de creer son casi los mismos de la necesidad de no creer que proclaman los incrédulos. Después de todo, toda creencia o falta de creencia se funda, al menos en parte, en la necesidad. El hecho de no creer depende tanto de la necesidad personal como cualquier otra decisión que la persona pueda tomar. Es tan fácil que una persona se convenza de no creer, como que se convenza de creer. Pero no hay justificación para ver a la necesidad de creer como algo negativo. Todo lo contrario; esa necesidad es innata, y se originó en los cielos.

Mientras testificaba ante un grupo de fariseos modernos, fui interrumpido con el anuncio de que no querían “oír sobre esas cosas que lo hacen a uno sentirse bien”. Pues. ¿qué clase de religión es aquella que no puede hacer que uno se sienta bien? Aparentemente, esas personas necesitaban una religión que no los hiciera sentirse bien, pero su necesidad tan peculiar no atestó la verdad de mi creencia. No hay espacio vacío. El Espíritu del Señor está en todas las cosas. Brigham Young dijo que pagaría gustosamente para que le informaran dónde no está Dios. Se puede hacer una fortuna, decía él, vendiendo esa información a los malvados, pues así tendrían un lugar para esconderse de la ira de Dios. (*J D 3:279.*)

Aunque Dios está “en todas las cosas, y en medio de todas las cosas, y circunda todas las cosas”, es obvio que hay lugares en que su Espíritu es más abundante y se encuentra más fácilmente, que en otros. Es una experiencia desagradable visitar un hogar donde hay discordia y peleas.

Seguramente el Espíritu del Señor estaría deseoso de salir de un lugar así tanto como nosotros. Nosotros procuramos asociarnos con quienes nos sentimos más a gusto; el Espíritu del Señor actúa del mismo modo.

Un grupo de ministros de la Iglesia de Escocia, enojados por lo que llamaban una “invasión” de misioneros mormones en su país, desafiaron al Presidente de la Misión con la pregunta: “¿Qué derechos tienen los mormones sobre Escocia?” En su respuesta, el Presidente indicó que él entendía que en el mundo habla dos poderes o influencias, y que toda bondad, amor fraternal, benevolencia y virtudes semejantes venían de una de esas fuentes, a saber, Dios. Preguntó a los ministros si estaban de acuerdo en eso y, por supuesto, estuvieron de acuerdo. Luego dijo: “También entiendo que el rencor, el odio, el resentimiento y otros sentimientos semejantes vienen de la otra fuente, que es Satanás. ¿Están de acuerdo?” De nuevo estuvieron de acuerdo. “Entonces”, continuó el Presidente, “si cualquiera de ustedes tiene en su corazón alguno de esos sentimientos hacia mí o hacia la Iglesia que represento, ¿dónde los obtuvo?” Con gran mortificación reconocieron el origen de sus sentimientos de rencor.

Moroni y su padre Mormón enseñaron que “toda cosa que es buena viene de Dios, y b que es malo viene del diablo” (Moroni 7:12.) En pocas palabras, la luz y las tinieblas nunca se juntan; Cristo y Satanás nunca se estrechan las manos. Es así de simple. Lo que invita y persuade a hacer el bien es de Dios, y lo que seduce a hacer el mal es de Satanás. Cristo y Satanás son enemigos declarados; ninguno de los dos está donde está el otro. Satanás libra una guerra incesante e

inflexible contra todo lo que es bueno, y nadie puede evitar la lucha. El Espíritu de Cristo se da a todo hombre que viene al mundo, para que pueda distinguir entre las dos fuerzas. Uno puede discernir entre estas dos fuerzas contrarias mediante una prueba sencilla: aquello que nos invita a hacer el bien y nos persuade a creer en Cristo “es enviado por el poder y el don de Cristo”, mientras que lo que “persuade a los hombres a hacer lo malo, y a no creer en Cristo, y a negarlo, y a no servir a Dios, entonces podréis saber, con un conocimiento perfecto, que es del diablo..” (Moroni 7:16. 17.)

De la misma manera que no podemos beber agua potable directamente del mar, no podemos esperar hallar al Espíritu del Señor en la desobediencia, o entre los desobedientes. Ni podemos buscarlo con buen resultado entre los que menosprecian la pureza personal, carecen de fe, se burlan del creyente, ridiculizan las obras de justicia, violan los convenios, o hablan mal de los ungidos del Señor.

El Señor ha declarado: “Si no guardáis mis mandamientos, el amor del Padre no permanecerá con vosotros; por tanto, andaréis en tinieblas.” (D. y C. 95:12.) El siguiente principio es eterno y constante: “Porque la inteligencia se allega a la inteligencia; la sabiduría recibe a la sabiduría; la verdad abraza a la verdad; la virtud ama a la virtud; la luz se allega a la luz; la misericordia tiene compasión de la misericordia y reclama lo suyo; la justicia sigue su curso y reclama lo suyo...” (D. y C. 88:40.) Todas las cosas producen según su especie: el resultado de la fe es más fe, el resultado de la incredulidad es incredulidad. “Allegaos a mí, y yo me allegaré a vosotros”, es la promesa del Señor. (D. y C. 88:63.) “Buscadme diligentemente, y me hallaréis”, nos ha prometido a todos (D. y C. 88:63.)

La semilla de la fe está plantada en las almas de los hijos de Dios. Alimentada por la luz de Cristo, se hincha y brota. Cultivada por las obras de justicia, protegida de las hierbas de la incredulidad, y sostenida con paciencia, la plantita empieza a crecer con gracia serena. Casi de inmediato vivifica el alma e ilumina el entendimiento. Si se cuida adecuadamente, echa raíces y, en las palabras de Alma, (lega a ser “un árbol que brotará para vida eterna”. (Alma 32:2641.)

Es en el terreno de la vida que se deben afianzar las raíces de la fe. El árbol de la vida, y sus frutos, son evidencia de sus raíces. Aunque éstas no se pueden ver ni medir, son fuente de fuerza durante las tormentas, y de nutrientes para el crecimiento.

¿MANIFESTACION O CONFIRMACION?

Sólo hay una senda segura
para los Santos de los Ultimos Días,
y ésa es el cumplimiento del deber,
no el testimonio;
no una manifestación maravillosa;
ni el saber que el evangelio es verdadero;
no el saber realmente
que el Salvador es nuestro Redentor³
sino el guardar los mandamientos de Dios,
y vivir como Santos de los Ultimos Días.
(Heber J. Grant.)

Dios no otorga manifestaciones espirituales para satisfacer al curioso. Wilford Woodruff relató la ocasión en que un miembro del Consejo de los Doce le dijo: “He orado por mucho tiempo para que el Señor me envíe la ministración de un ángel. Lo he deseado con mucha fuerza, pero mis oraciones no han sido contestadas.” El Elder Woodruff, que había tenido muchas experiencias de esa clase, comentó que si ese hombre “orara por mil años, pidiéndole ese don al Dios de Israel, nunca te sería concedido, a menos que el Señor tuviera un motivo para enviarle un ángel. Le dije que el Señor nunca ha enviado ni enviará un ángel sólo para cumplir el deseo que alguien tiene de ver un ángel”. Seguramente la labor de los ángeles es más importante que el satisfacer la curiosidad ociosa; ni visitan a los que son espiritualmente pobres. Wilford Woodruff explicó que ‘si el Señor le envía un ángel a alguien’, es para efectuar una obra que no se puede realizar de otra manera”. (*Deseret Weekly*, noviembre 7 de 1896.)

José F. Smith dijo: “Mostradme Santos de los Ultimos Días que tienen que nutrirse con milagros, seriales y visiones a fin de conservarse firmes en la Iglesia, y os mostraré miembros de la Iglesia que, no son rectos ante Dios y que andan por caminos resbaladizos. No es por manifestaciones Milagrosas que seremos establecidos en la verdad, sino mediante la humildad y la fiel obediencia a los mandamientos y leyes de Dios.” (Doctrina del Evangelio, p. 7.)

Las experiencias espirituales vienen a aquellos que han ganado el derecho de recibirlas. La mayordomía de tesoros sagrados se concede solamente a los siervos de confianza. Por medio de la revelación se nos recuerda que “lo que viene de arriba es sagrado, y debe expresarse con cuida-

³ Nota del Revisor: Personalmente creo que que esta parte o esta mal traducida, o mal citada, ya que lo que se entiende de la cita es que lo mas importante es guardar los mandamientos, aun antes del conocimiento de que Jesus es el Cristo, y este pensamiento es contrario a las escrituras. Evidentemente aun cuando tengamos un testimonio si no actuamos conforme a los mandatos del Señor de nada nos sirve, pero, no concuerda con mi conocimiento de las escrituras el poder decir que basta guardar los mandamientos como la “senda segura”.

do, y por constreñimiento del Espíritu”. (D. y C. 63:64.) Con toda seguridad se aplica la misma norma para que se puedan conceder tales cosas. Fue el Maestro mismo quien aconsejó: “No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas decante de los cerdos...” (Mateo 7:6.) Alma expresó muy adecuadamente este principio en las siguientes palabras: “A muchos les es concedido conocer los misterios de Dios; sin embargo, se les impone un mandamiento estricto de que no han de impartir sino de acuerdo con aquella porción de su palabra que El concede a los hijos de los hombres, conforme al cuidado y diligencia que le rinden’ (Alma 12:9.)

Cristo se apareció a muchos después de su resurrección. Pablo nos indica que se apareció “a más de quinientos hermanos a la vez”. (1 Corintios 15:6.) Es interesante notar que entre ellos no había ningún incrédulo. Moroni nos explica que “fue por la fe que Cristo se manifestó a nuestros padres, después que El hubo resucitado de los muertos; y no se manifestó a ellos sino hasta después que tuvieron fe en El; por consiguiente, fue indispensable que algunos tuvieran fe en El, puesto que no se mostró al mundo”. (Eter 12:7.) Muchas veces podemos aprender de lo que Cristo no hizo, tanto como de lo que hizo. Lo que no hizo fue volver a la corte Judía, donde se había armado el debate sobre sus obras y testimonio. No volvió a Caifás, a Pilato, a Herodes, a los escribas, los saduceos, o los fariseos, para manifestarse y probarles que había dicho la verdad. La conversión y la fe no se originan en esas experiencias, y el Dios del cielo no complace a los malvados de esa manera. Lo que hizo el Señor fue volver a los que habían creído, cumpliendo la promesa de que las señales seguirían a sus buenas obras. Es “la generación mala y adúltera”, declaró Cristo, la que “demanda señal”. (Mateo 16:4.) José Smith afirmó que por medio de revelación se le hizo saber que esas palabras del Salvador debían interpretarse literalmente: cuando alguien viene pidiendo una señal, podemos saber con certeza que ha participado del espíritu de lujuria y es culpable de adulterio. Para ilustrar el punto, José Smith habló de una reunión en la que estaba predicando, y un hombre lo interrumpió demandando una señal. Señalándolo, el Profeta dijo: “Ese hombre es adúltero.” Otro hombre de la congregación alzó la voz y dijo “Es cierto, porque yo lo sorprendí en el hecho.” Más tarde, el hombre se arrepintió, confesó su pecado y fue bautizado en la Iglesia. (H C 5:268.)

George A. Smith, uno de los primeros líderes de la Iglesia, y Consejero de Brigham Young, contó el interesante relato que se da a continuación:

“Cuando se acababa de fundar la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, veíamos a personas que se levantaban y decían: ‘¿Qué señal nos muestran para que podamos creer?’ Recuerdo a un predicador campbellita que vino a ver a José Smith; creo que se apellidaba Hayden. Llegó y se presentó con José, y dijo que había recorrido una distancia considerable para convencerse de la verdad. ‘Sr. Smith, le dijo, ‘quiero saber la verdad, y una vez convencido, dedicaré mis talentos y mi tiempo a defender y predicar la doctrina de su religión, y quiero que sepa que al convencerme yo, se convencerá mi congregación, que suma unas setecientas personas.’ José empezó a hablarle del surgimiento de la Iglesia, y de los primeros principios del evangelio, pero el Sr. Hayden exclamó: ‘No, ésa no es la evidencia que yo quiero; lo que deseo es un milagro; quiero ver una manifestación del poder

de Dios, un milagro; y si usted puede hacerlo, entonces creeré con toda mi alma y mi corazón, y ejerceré toda mi influencia y poder para convencer a otros; pero si no hace un milagro, me convertiré en su peor enemigo: 'Bien', dijo José, '¿qué quiere que haga; que lo vuelva ciego, o sordo; que lo convierta en un paralítico, o con una mano seca? Escoja lo que quiere, y se hará en el nombre del Señor Jesucristo: 'No es ésa la clase de milagro que yo quiero', dijo el predicador. 'Entonces, señor', replicó José, 'no voy a hacer ninguno; no voy a dañar a nadie para convencerlo a usted. Pero le diré a quién me recuerda: a la primera persona que le pidió una señal al Salvador, pues en el Nuevo Testamento está escrito que Satanás vino al Salvador en el desierto, después que El había ayunado cuarenta días y tenía hambre, y le dijo: 'Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan: Y los hijos del diablo y sus siervos han estado pidiendo señales desde entonces; y cuando en aquel tiempo la gente le pedía señales para probar la verdad del evangelio que predicaba, el Salvador respondía: 'La generación mala y adúltera demanda señal...' " (George A. Smith, J D. 2: 326, 327.)

Se nos ha mandado que busquemos diligentemente los mejores dones. (D. y C. 46:8.) Ese proceso requiere fe y dedicación. Se funda en deseos y anhelos justos de prestar mayor servicio en el reino de Dios. Ese curso contrasta notablemente con el espíritu burlón de los que demandan una señal antes de comprometer su lealtad en el programa del Señor. A los tales el Señor ha dicho:

"Cuidese el inicuo, y el rebelde tema y tiemble, y selle sus labios el incrédulo, porque el día de la ira les sobrevendrá como torbellino, y toda carne sabrá que yo soy Dios.

Y aquél que buscare señales verá señales, mas no para salvación.

En verdad os digo que hay entre vosotros quienes buscan señales, y los ha habido aun desde el principio..."

Pero esa no es la fuente de la fe, pues el Señor explicó que:

"La fe no viene por las señales, mas las señales siguen a los que creen.

Sí, las señales vienen por la fe, no por la voluntad de los hombres, ni como les place, sino por la voluntad de Dios.

Sí, las señales vienen por la fe para producir obras poderosas, porque sin fe ningún hombre agrada a Dios; y con el que Dios está enojado, no está bien complacido; por tanto, a éstos no muestra señales, sino en ira para su condenación." (D. y C. 63:611.)

Para poder cosechar los ricos frutos del evangelio, primero debemos plantar y cultivar las semillas de la fe. Es una ley eterna: "...no recibís ningún testimonio, sino hasta después de la prueba de vuestra fe." Eter 12:6.) Dios no puede violar sus propias leyes; *la fe debe preceder al milagro*. Si no hay *fe no puede haber milagros*. Y si hay fe, necesariamente le siguen las señales. Siempre ha sido así, y siempre será así; la siembra precede a la cosecha, las obras preceden a la confirmación; la confirmación precede a la manifestación. Muy pocas plantas se desarrollan hasta la ma-

durez en un día. El proceso es gradual, casi imperceptible. Lo mismo sucede con el desarrollo espiritual. José F. Smith lo describió de esta manera:

“Cuando me inicié en el ministerio en mi juventud, frecuentemente iba y le pedía al Señor que me manifestara alguna cosa maravillosa, a fin de poder recibir un testimonio. Y el Señor no me concedió milagros, pero me mostró la verdad línea por línea, precepto por precepto, un poco aquí y un poco allí, hasta que me hizo saber la verdad desde la coronilla hasta las plantas de los pies, y hasta que fui completamente depurado de la duda y del temor. No tuvo que enviar a un ángel de los cielos para hacerlo, ni tuvo que hablar con trompeta de arcángel. Mediante el susurro de la voz quieta y delicada del Espíritu del Dios viviente, El me dio el testimonio que poseo; y por este principio y poder dará a todos los hijos de los hombres un conocimiento de la verdad que permanecerá con ellos y los hará conocer la verdad como Dios la conoce, y cumplir con la voluntad del Padre como Cristo la cumple; y ningún número de manifestaciones maravillosas realizará esto jamás. Es la obediencia, la humildad y sumisión a los requisitos del cielo y a ese orden establecido en el reino de Dios sobre la Tierra, lo que establecerá a los hombres en la verdad. Estos podrán recibir visitas de ángeles; podrán hablar en lenguas, sanar a los enfermos mediante la imposición de manos; podrán tener visiones y sueños; pero a menos que sean fieles y puros de corazón, serán fácil presa para el adversario de sus almas, el cual los conducirá a las tinieblas y a la incredulidad con mayor facilidad que a otros.” (Doctrina del Evangelio, p.7.)

David O. McKay habló de una lucha con sentimientos semejantes. Siendo un joven, también él creía que no tendría un testimonio hasta haber tenido una experiencia como la de José Smith en la Arboleda Sagrada, o como la de su padre, a quien habló la voz del Señor. Con el sentimiento de que nada sería de mayor valor para él que un testimonio, David O. McKay lo buscó fervorosamente:

“Recuerdo haber cabalgado en las colinas una tarde, pensando en esas cosas, y concluí que esas colinas donde reinaba el silencio serían el mejor lugar para recibir un testimonio. Detuve mi caballo, le solté las riendas y me retiré a unos cuantos pasos de allí, y me arrodillé al lado de un árbol.

El aire era limpio y fresco, el sol, delicioso; el aroma de las flores perfumaba el ambiente, y lo adornaba el verdor de los árboles y el pasto; mientras recuerdo el incidente ahora, casi puedo ver de nuevo ese cuadro. Me arrodillé, y con todo el fervor de mi corazón derramé mi alma ante Dios y le pedí un testimonio de su evangelio. Creí que se produciría una manifestación, que yo tendría una experiencia que me dejaría sin ninguna duda.

Me levanté, monté en mi caballo, y mientras éste comenzaba el camino de regreso, recuerdo haber reflexionado, analizando mis sentimientos, e involuntariamente sacudí la cabeza, y me dije: ‘No, no hubo ningún cambio en mí; sigo siendo el mismo muchacho que era antes de arrodillarme: No se produjo la manifestación deseada. Y no fue ésa la única ocasión que la busqué. No obstante, finalmente la recibí, pero no como la esperaba. Recibí incluso la manifestación del poder de

Dios y la presencia de sus ángeles, pero cuando sucedió, *fue solamente una confirmación, no un testimonio.*"

El Presidente McKay testificó que recibió el testimonio que buscaba, pero no como lo esperaba. Siendo un joven misionero en Inglaterra, recibió una de las muchas confirmaciones que recibió posteriormente. Fue en una reunión del sacerdocio, en la que un hombre se puso de pie y dijo: "Hermanos, hay ángeles en este salón." El Presidente McKay notó que esa declaración no lo impresionó mucho, pero lo que sí lo impresionó fue el Espíritu que estaba presente. Entonces el Presidente Jacobo L. McMurrin se levantó y dijo: "Sí, hay ángeles en el salón", y empezó a profetizar. Volviéndose al Elder McKay, parafraseó las palabras del Salvador a Pedro, y le dijo: "Déjeme decirle, hermana David, que Satanás desea zarandearlo como a trigo, pero el Señor lo cuida a Ud.." Y añadió: "Si guarda la fe, llegará el día en que se sentará en concilio con los dirigentes de la Iglesia."

Posteriormente el Presidente McKay dijo: "Supe que había recibido la respuesta a mi oración de niño". Y con entendimiento inspirado, añadió: "Pero el testimonio de la divinidad de esta obra, a pesar de ser glorioso y grande, no habla venido por medio de una manifestación extraordinaria, sino mediante la obediencia a la voluntad de Dios, en armonía con la promesa de Cristo: 'El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta.' " (Juan 7:17.) (Improvement Era, septiembre de 1962, pp. 628, 629.)

El intento de Oliverio Cowdery de traducir las planchas de las que recibimos el Libro de Mormón, es tal vez el ejemplo que se usa con mayor frecuencia para mostrar nuestra responsabilidad individual en el proceso de recibir revelación. Oliverio recibió la promesa del Señor de que podría traducir; creyó en esa promesa; no habla razón para pensar que el Espíritu del Señor no lo bendeciría en sus esfuerzos de traducir. No obstante, Oliverio no comprendía todavía como obra el Espíritu, y para su sorpresa descubrió que, a pesar de la promesa del Señor, no podía traducir. Frustrado, le pidió a José Smith que le preguntara al Señor por qué habla fracasado en sus esfuerzos. En respuesta, el Señor le dijo a Oliverio que no habla comprendido, pues habla supuesto que las respuestas se dan con sólo pedir las. El sistema del cielo no funciona así. "Debes estudiarlo en tu mente", se le dijo a Oliverio, y que cuando sintiera que había encontrado la solución del problema, debía preguntar, y si la solución era correcta, "haré que tu pecho arda dentro de ti; por tanto, sentirás que está bien". (D. y C. 9:8.)

Hasta entonces Oliverio no habla apreciado debidamente el esfuerzo que José hacía para traducir, ni se había dado cuenta que el Señor desea que usemos todos los medios de que disponemos para resolver nuestros problemas, y que busquemos la respuesta antes de poder recibir su confirmación. Más adelante se le explicó que si sus conclusiones no eran correctas, no sentiría el ardor en su pecho, sino que experimentaría "un estupor de pensamiento" que lo haría olvidar la cosa errónea. (D. y C. 9:9.)

Tal como el acero templado, los principios correctos mantienen su forma; no se tuercen o se doblan según las circunstancias. Así es que vemos al hermano de Jared aprendiendo que la responsabilidad del individuo para investigar y resolver un problema, se aplica tanto a la construcción de barcos como a la traducción de anales antiguos.

Después de construir las naves, como se le había mandado, el hermano de Jared fue ante el Señor con dos problemas: la carencia de luz y de aire fresco dentro de los barcos. Debido a que el problema de la ventilación de los barcos quedaba fuera de los límites de la experiencia humana, el Señor dio las instrucciones sobre ese asunto; sin embargo, no respondió a la pregunta sobre cómo iluminar los barcos. El hermano de Jared de nuevo se dirigió al Señor y formuló su pregunta. Esta vez el Señor respondió con otra pregunta: “¿Qué quieres que yo haga para que tengáis luz en vuestros barcos?”

En ese momento el hermano de Jared percibió que el problema era suyo; que el Señor ayudaría, pero que al menos la responsabilidad de recomendar una solución era suya. Es claro que el Señor deseaba que fuera tan independiente como fuera posible. Tras una seria consideración, formuló una solución: fundiría de la roca dieciséis piedras transparentes; junto con ellas ascendió al monte, donde de nuevo clamó al Señor, y le pidió que tocara cada una de las piedras con su dedo, para que pudieran emitir luz. Respetando la solución que su siervo propuso, el Señor tocó las piedras una por una, para que pudieran emitir luz. (Eter 2:1925; 3:16.)

Luego de repasar estos ejemplos y otros similares, el Elder Bruce R. McConkie resumió y definió la fórmula para recibir revelación:

"Si aprendéis a usar el libre albedrío que los ha dado. Y tratáis de hacer vuestras propias decisiones. y si llegáis a conclusiones que no son acertadas, y habláis con el Señor y recibís su sello aprobatorio sobre las conclusiones a, que habéis llegado, entonces habréis recibido revelación," (BYU Speeches of the Year febrero 27 de 1973)

Son más las revelaciones que se reciben conforme a este modelo que las que se dan de alguna otra manera.

Heber J. Grant nos dio el ejemplo perfecto de la aplicación de estos principios al describir el proceso por el que se recibió la revelación sobre el Plan de Bienestar. Se afirma que dijo:

“Nos hablamos estado reuniendo todas las mañanas durante varios meses, y desarrollamos un plan. Luego de desarrollarlo, me dirigí al Seriar en oración especial, y le pedí fervientemente que me hiciera saber si el plan merecía su aprobación. Como respuesta vino sobre mí, desde la coronilla hasta la planta de los pies, un espíritu tan dulce, y un fuego interior, por lo que supe que Dios estaba de acuerdo.”

La fuerza espiritual es el resultado natural del esfuerzo espiritual. Ese proceso da evidencia de la sabiduría de Dios. *Se nos da lo que estamos preparados para recibir*, comprendemos a medida que nos preparamos para comprender. La mansión de la fe debe edificarse ladrillo a ladrillo.